



Campos de cultivo de soja en la selva del Mato Grosso.

## Entre el desarrollo y la defensa ambiental

EL PAÍS SE DEBATE ENTRE CRECER Y CONVERTIRSE EN UNA SUPERPOTENCIA O CONSERVAR INTACTA LA AMAZONIA, EL 'CORAZÓN VERDE' DEL PLANETA

JUAN ARIAS

La historia de Brasil es la de sus riquezas naturales, y entre estas, el cultivo de cereales y la cría de ganado. Se podría hacer la historia del país desde la colonización hasta hoy siguiendo, por ejemplo, la ruta del cultivo del algodón, del caucho, del café, de la soja, del trigo, del maíz y de la ganadería.

Ha sido el cultivo de sus productos naturales y la conversión de los mismos en productos industriales lo que ha ido modernizando al país con la *tecnologización* del campo, el comercio internacional, la urbanización y la industrialización.

Hoy día, Brasil es aún inconcebible sin sus riquezas agropecuarias. Es el mayor exportador de carne bovina del mundo y de los mayores de aves y de carne de cerdo. Una tercera parte de la riqueza del país depende de lo que se conoce como el "agronegocio". Es el país que más soja exporta, con un movimiento de 57 millones de toneladas, que suponen 530.000 millones de reales (unos 222.000 millones de euros), producida en 20 millones de hectáreas. Con la soja, Brasil produce cerca de 2.000 millones de litros de etanol, combustible sostenible.

Todo apunta a que el Brasil de mañana tendrá que ser también una nación que exporte tecnología y energía, no sólo productos naturales. Es uno de sus retos de futuro. Pero hoy por hoy Brasil sigue siendo el gigante

de la industria del campo, cada vez más modernizado.

En esta realidad surge al mismo tiempo la grave problemática de cómo seguir creciendo en ese sector sin comprometer el medio ambiente, comenzando por la Amazonia, corazón de la biodiversidad del planeta. Surgen así en el país dos modelos de desarrollo: el del crecimiento a cualquier precio y a cualquier coste y el del desarrollo sostenible que propugna colocar la defensa de la tierra en primer lugar.

### DOS CANDIDATAS

Ninguno de los dos modelos –hoy protagonizados por las dos mujeres candidatas a las presidenciales, las ex ministras Dilma Rousseff y Marina Silva– son químicamente puros. Rousseff, más proclive al desarrollo económico como tal, no niega que dicho desarrollo deba ser también sostenible, y Silva, la ambientalista por antonomasia, no acepta, por ejemplo, que la Amazonia sea tratada como un santuario intocable: propugna en esta zona un verdadero desarrollo, pero sostenible; es decir, compatible con su preservación y que cree riqueza para sus más de 20 millones de habitantes.

Ambas fueron ministras del Gobierno del presidente Luiz Inácio Lula da Silva, pero ambas chocaron en lo referente a este modelo de desarrollo, y Silva dejó el Ejecutivo. Hoy, ambas candidatas a la sucesión de Lula se dicen defensoras del medio ambiente, como siempre se ha di-

cho también del ex sindicalista Lula, quien, sin embargo, se ha quejado mil veces de los órganos de vigilancia ambiental, que le han parado muchos proyectos de obras importantes "porque han encontrado un sapo de una especie protegida", como bromeo una vez.

El problema no es de fácil solución. Lula asegura que ya no se planta, por ejemplo, soja en tierras deforestadas de la Amazonia, algo que niegan los ecologistas. Asegura que la destrucción de la selva amazónica disminuye cada año, aunque sigue en pie la sangría. Y es verdad que el Gobierno Lula ha aprobado toda una serie de leyes para la protección del medio ambiente, aunque suele recordar que los países ricos que critican a Brasil son los que más bosques han destruido y los que más polucionan el planeta, y que por ello mismo no deberían dar lecciones medioambientales.

Lo cierto es que Brasil está llamado a crecer económicamente a un ritmo que podrá llegar en 2012 a un 7%. Para ello va a necesitar triplicar la creación de energía. ¿Cuál elegir? La actual polémica sobre la construcción en Belo Monte, en la Amazonia, de la tercera mayor presa del mundo –teniendo para ello que inundar medio millón de metros cuadrados con las aguas del río Xingú– es el mejor símbolo del drama que se le presenta al país.

Los ecologistas propugnan la creación de energías alternativas limpias. El Gobierno se pregunta si las hi-

Lula ha aprobado leyes ambientales que no terminan de cuajar y se queja de que los países ricos, los que más contaminan, le critiquen

droeléctricas como la de Belo Monte no lo son y si se prefiere la energía nuclear como más limpia. ¿Y el precio de la energía? Según datos de la revista *Veja*, para producir la misma energía que podrá generar Belo Monte serían necesarias 17 centrales nucleares, 3.700 torres de energía eólica y 49,4 millones de placas de energía solar. ¿Y el coste? El precio de un MW/h en reales sería de 78 para la hidroeléctrica, de 148 para la eólica, de 150 para la nuclear y de 200 para la solar.

Los ecologistas responden que no se defiende el planeta con los números, sino con la voluntad de buscar alternativas a cualquier energía no limpia, y que el futuro del desarrollo mundial va por ese lado, empezando por Estados Unidos.

Brasil tiene además un problema añadido: una de sus mayores riquezas futuras, que podrán convertir al país en uno de los mayores productores de petróleo, son sus ingentes yacimientos en las profundidades del mar, el llamado proyecto Presal, que va a dar vida a una segunda Petrobrás, probablemente nacionalizada por completo. Pero el petróleo es hoy la cenicienta de los ecologistas, ya que no la consideran la energía del futuro.

Brasil tendrá que hacer malabarismos para saber usar esas riquezas concretas sin traicionar su vocación de desarrollo sostenible, como tendrá que hacerlos para promulgar, de una vez por todas, la siempre aplazada reforma agraria. El Gobierno de Lula dio tierras a millones de familias pobres. Pero Los Sin Tierra, el movimiento campesino de izquierdas más fuerte de América Latina, siguen invadiendo los grandes latifundios. El movimiento de los propietarios rurales acusa al Ejecutivo de no respetar jurídicamente el derecho a la propiedad.

¿Por qué Brasil no ha conseguido aún implantar una verdadera reforma agraria? Porque los intereses de los latifundistas son muy fuertes, dominan el Parlamento y son, al mismo tiempo, los responsables de la pujanza del agronegocio que ha hecho rico al país. Por otra parte, la reforma agraria que propugnan los movimientos campesinos de izquierdas se ha quedado atrasada. Hoy el campo ya no se cultiva como ayer. ¿Para qué sirve darles un trozo de tierra a unas familias si no van a ser capaces de ser competitivas con sus productos? Hoy el campo está tecnologizado, los movimientos de reivindicación de los campesinos pobres han perdido su fuerza frente a la evidencia de la modernización de la agricultura.

Brasil es un país en gestación en el que se acumulan problemas y retos tan grandes como su territorio. Pero es una nación con voluntad de superarlos. Es un país joven democráticamente que está saliendo de un mundo de coroneles, que eran dueños de todo, a un mundo moderno que se espeja en el primer mundo rico. Pero tiene una ventaja a su favor: que aún no ha perdido la ilusión de mejorar y que aún tiene tiempo de aprender lo que no se debe hacer para no caer en ciertos errores y desencantos de los países a los que envidia y por los que hoy es envidiado a pesar de todas sus contradicciones, atrasos y desequilibrios sociales.